

Maria, es la compasión

Enseñanza dada a los participantes de la asamblea de oración del Emmanuel

Maria, es la compasión. Es verdaderamente ella, puesto que el Hijo sufría, se dice que la madre estaba a su lado y sufría. Es pues la compasión, verdaderamente ella sufría "con". Solo ella puede enseñarnos eso. Cuando vemos a todos estos desdichados drogadictos, ya no hablo de los heroinómanos que están tan perdidos, ¡pero de los muchos que simplemente toman ácido! [Para tener] este espíritu de compasión, debemos tener el corazón traspasado. No lo conseguiremos por nosotros mismos, tenemos que pedir realmente a María que nos atraviese el corazón porque es atroz. Supongamos que salvamos a una quincena de drogadictos. Entonces cantaremos «Aleluya», ¡es magnífico! Luego pensad en los cientos de miles que hay en otros lugares. ¡Los otros también son nuestros hermanos! Debemos tener verdaderamente este corazón [traspasado] diciendo sin cesar al Señor "¡Salva al mundo!" y si realmente tenemos almas de compasión con el corazón traspasado que el Señor nos dará, en se momento empezaremos a ser eficaces. El cura de Ars decía: "Mientras no hayamos sufrido por las personas, hablar con ellas, reconfortarlas no sirve para mucho" Sabía lo que hacía, convertía a la gente, pero sabía lo que costaba [...].

Es realmente esencial. Sólo que, como decíamos antes, es alegre, esa es la diferencia con el jansenismo. Cuando ves a personas que están tristes, y que te dicen: «Estoy en la aridez», me digo: «Amigo mío, tu sequedad es porque tienes el corazón seco, pero no es en absoluto la sequedad del Señor, porque si no sonreírías siempre. Como Teresa del Niño Jesús cuando estaba en la noche. Estamos aquí para estar alegres. Y para estar alegres, debemos estar juntos, tres o cuatro, llevando las cargas los unos de los otros, para que «el yugo sea fácil y la carga ligera» (Mt 11,30). Entonces, como San Juan, repetiré lo mismo: «¡Amaros los unos a los otros!». Y entonces todo estará bien [...].

Hay una verdadera gracia del Emmanuel. Es realmente la gracia del Emmanuel, de Aquel que nace en el pesebre, tan pequeño, tan humilde; nos pide que nos despojemos de todo, que seamos pobres. Eso es lo que nos pide. Y [...] cuando seamos pobres de todo, seremos ricos sólo de él, y entonces lo tendremos todo. Todos los grandes místicos lo dicen, pero precisamente el Señor, por gracia, lo da al Emmanuel, a nuestra comunidad, si somos fieles nos ayuda hoy a conseguirlo juntos. Solos, es imposible en este mundo. Este mundo es tan duro que nos arrastra como un torrente. Aquí tenemos realmente una pequeña isla en medio de este torrente donde podemos estar juntos [...]. Ninguna palabra puede darlo a comprender. Sólo el Señor puede hacernos comprenderlo. Y si realmente comprendemos eso, todo nos es dado, porque [Emmanuel] no es un movimiento, no es una organización, es algo profundamente espiritual. Realmente viene con el Espíritu y el Espíritu nos confirmará entonces en la vocación de ir a tal o cual hermano, de ir a tal o cual organización... Hasta ahora, queríamos hacer cosas para Jesús, ahora nos pide simplemente que obedezcamos y hagamos lo que nos dice, que escuchemos. Y esta gracia de la escucha, podemos tenerla en esta gracia del Emmanuel de estar juntos [...].

En todo el mundo, el Señor está trabajando, el Espíritu Santo está llegando. Es un viento de Pentecostés que sopla. Ahora bien, París es una ciudad especialmente expuesta; sabéis muy bien que, si París cae, se pudre cada vez más, toda una parte del mundo irá en esa dirección. Si París se despierta, se despierta toda una parte del mundo. El diablo está trabajando en París y por eso un gran número de grupos en las provincias, y especialmente los más contemplativos de la Renovación, rezan por nosotros sin que lo sepamos, rezan todos los días por el Emmanuel.

Porque estamos en la lucha [...]. Por eso tenemos que reunirnos, aunque sea un número muy pequeño, incluso diez personas, pero diez que crean de verdad. No os preocupéis, sólo rezad al Señor: nos iluminara en este sentido; si no nos ilumina, no es grave, ya tomará a otros. Tiene todo el mundo para transformar [...].

También podéis visitar los hospitales, es atroz, toda esa gente muriendo sola en los hospitales. [En Francia] hay una ley que prácticamente prohíbe a los sacerdotes visitar oficialmente a los enfermos. Para que un enfermo reciba los sacramentos, tiene que escribir que quiere recibir los sacramentos. Podéis imaginar que cuando uno se muere, normalmente no se da cuenta, ¡y a menudo incluso tiene miedo! Corresponde a los laicos ir a visitarlos a los hospitales [...].

Pierre Goursat
y sus hermanos y hermanas

www.pierregoursat.com